

F1391

T6

T6

1894



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



Un sol deslumbrante y abrasador caía á plomo, sobre la amplia y destartalada plaza, completamente desierta.

Eran las dos de la tarde.

En el extremo de una de las calles que desembocan en ella, Miguel Mercado, joven subteniente del 9º Batallon, uniformado de dril, los zapatos blancos de polvo y flotándole sobre la espalda el paño de sol, contemplaba perplejo los portales que se extendian á su izquierda; al frente tapias bajas, y á la derecha la iglesia con su atrio pequeño y sucio al lado de unas tiendas de paredes blanqueadas.

En el centro de la plaza, una banqueta en cuadro resplandecía al sol, entre ocho ó diez arbolillos escuetos que alargaban tristemente sus varejones.

Miguel con el rostro imberbe, quemado por el sol, contempló con aire de aburrimiento y cólera la desolación de aquella placita, la única que existe en Ciudad Guerrero.

Venía muerto de hambre y buscaba una fonda, una tienda ó cualquier cosa por el estilo donde saciar su necesidad; con movimiento rápido y brusco recommenzó la marcha hácia el portal, dando grandes zancadas y haciendo sonar su espada con un tintineo argentino y continuado.

En él, vió al fin muchos tendajos, cuyos armazones estaban poblados de botellas.



Entó en una tienda de dos puertas atestada de hombres de blusas blancas, pantalones de tela burda y calzando *teguas* de gamuza.

Pidió una copa de Tequila que le sirvieron al lado de un vaso con agua.

—Oiga, amigo, hágame favor de decirme, por donde hallaré una fonda.—le dijo á uno de aquellos hombres.

El interpelado, un gigante de melenuda cabeza y barba inculta, lo miró un minuto con desdeñosa curiosidad, luego alzando los hombros y volviendole la espalda,—Nó sé,—contó y apuró un gran vaso de *sotol* (1)

Miguel no pudo contener un movimiento de desagrado al oír la respuesta. Encontraba la misma hostilidad de que habían sido víctimas los oficiales desde su llegada á Chihuahua; las mismas caras hurañas y el mismo gesto de desprecio.

Causado como venía, de seis jornadas durante las cuales no había comido sino tortillas de harina y carne asada, ávido de tomar caldo, frijoles y chile, ó cosas por el estilo, aquel día que no se había desayunado sino con una gorda, sintió Miguel inmensa cólera ante la ruda contestación del paisano.

No le quedò mas remedio sin embargo que tomar su copa de un solo trago; pues tambien estaba sediento.

En aquel momento, el ruido de unos acicates resonando en el pavimento, al par que el conocido tiquiteo de un sable le hizo volver el rostro.

Vió á Gerardo, un tenientillo del Estado Mayor, que conocía desde Méjico.

Parecía el recién llegado un mocoso vestido de militar.

(1) Bebida muy usada en Chihuahua.

Chaparron, de rostro sonrosado y ancho, llevando un kepi enfundado, *dorman* negro, pantalon blanco y botas de montar; arrastrandole casi el sable. Reconoció á Miguel y se le acercó gritandole con voz alegre:

—¡Hombre, Mercado, no esperaba que vinieras!

Se abrazaron, dandose grandes manazos sobre las espaldas.

—¡Que tomas, hermano?

—Ya no quiero tomar nada; dime donde hay que comer.

—Voy para la fonda precisamente; pero primero nos echaremos un *fajo* de *tequila*... ¡dos *tequilazos*, Don Pedro!

Gerardo entusiasta y desbordando en un torrente de palabras retuvo al oficial del 9º que lo escuchaba impaciente.

—¡Ya sabes; estoy en el Estado Mayor con el General Rangel; verás como ahora sí nos lucimos... ya verás, ya verás que zurra les damos à esos demonios de *tomoches*... ¡Son valientes... hombre... no se puede negar! Palabra de honor, yo creí que eran *papas*... pero son sí muy valientes... parecen venados, los ves aquí y de repente ¡zas! en la punta del cerro y.... “¡Viva el poder de Dios y mueran los pelones!”... y ran... caramba, si ni apuntan... al descubrir, hermano... te recontramatan. Con decirte que cada cartucho es un muerto; no yeran... ¡imagínate como estaría yo ese día en que nos *amolaron* al General y á mí!

Lo peor fué que después de que tomaron las copas, Miguel a'go exitado, las mandó repetir—y el teniente continuó su charla, en tanto que él le escuchaba silencioso y sombrío recordando la historia que se refería de aquel muchacho.

El día dos de Septiembre, cuando intentó atacar el pue-



blo el General Rangel, después de ser herido el Teniente Coronel Ramirez y muertos el Mayor Prieto y el Teniente Manzano, en el momento de la derrota y confusión; mientras el general buscaba refugio en un jacal, á él le mataron su caballo, se le acercaron algunos temochitecos; lo desarmaron y le dijeron insultándole y dándole de nalgadas.—“Nosotros no peleamos con muchachos.... Vd. debe estar con su mamá,” y lo dejaron desmayado de susto.

—Es que,—le dijo Miguel,—dicen que te dieron de *chanclazos* el día dos de Septiembre.

—¡Mienten!.... que me iban á dar; lo que pasó fué que muerto mi caballo repentinamente de un balaço, caí yo hiriéndome la cabeza y quedando por muerto sobre el campo del combate!

—Pues es lo que nos contaron en Chihuahua; pero ya ves cuanto se cuenta.... en fin, vamos á comer porque ya se me está subiendo este maldito tequila.

—Bueno, vamos, nada mas que allí han de estar comiendo tambien los del 11º y 5º Regimiento... ¿tu no los conoces, verdad?... ya verás que *chinaca*. Uno que otro oficial hay pasable.

Los dos oficiales, salieron de la tienda y conversando animadamente, atravesaron la plaza desierta y bañada de sol, bajo un cielo de un azul claro y límpido.



Detúvose Mercado en el umbral de la puerta de la fonda al oír un prolongado y confuso clamoreo de voces, gritos, y carcajadas mezcladas con un agradable ruido de vajilla removida y de cubiertos chocando con la loza de los platos y el cristal de las copas; pero no dejó de intimidarse algo al ver ante larga mesa instalados á quince ó veinte militares desconocidos, uniformados de dril, de rostros ennegrecidos y sucios, comiendo y bebiendo con gran algazara.

Era una tienda, lleno el armazón de botellas vacías; el mostrador servía de mesa, cubierto con un mantel, atestado de platos y cascos de cerveza. Había allí oficiales del 5º Regimiento, del 11º Batallón y de “Seguridad pública” del Estado de Chihuahua, y pudo comprender Mercado al momento que eran gefes, por lo que dijo á Gerardo:

—Oye, tu, aquí hay muchos superiores—pero aquel lo arrastró, tomándolo del brazo, y como la mesa era extensa y había un hueco cerca de un extremo de ella se sentaron, gritando el tenientito chaparrón:

—¡Cueca, dos comidas!

La llegada de los jóvenes pasó inadvertida. Miguel pensativo prestó oído á la conversacion que se animaba.

Después de pasear su vista por los rostros animados reconoció á Castorena, Subteniente del 9º Batallón, su ma-



yor enemigo; que era un joven chaparro, cabezota de en-  
sortijados cabellos azafranados y voz cabernosa, lépero y  
cínico poetastro á quien sin motivo odiaba cordialmente.

Todos bebían cerveza que un capitán del 11º obsequia-  
ba y Castorena, bajo la exaltación alcohólica improvisaba  
brindis en verso, que unos cuantos aplaudian, en tanto  
que la conversación continuaba entre algunos militares  
mas graves.

Dos criadas, altas y blancas, vestidas de percal claro y  
*mascadas* rojas en el cuello, iban y venían, muy atareadas  
con los platos ó botellas de cerveza.

—Lo que es ahora sí,—decía un teniente de enormes  
bigotes grises y cara de corsario—ahora va en serio el ne-  
gocio; todo está muy bien combinado; somos muchos, los  
vamos á hacer *pedacitos*; cuestión á lo más de una hora.

—De veinte minutos, compañero, decia un mayor;—el  
coronel Torres que viene de Sonora con cien hombres del  
12º y con sus PIMAS, indios muy buenos para el PLEITO y  
que conocen muy bien la Sierra nos va á ayudar.

Después se puso á referir al capitán del 9º que tenía  
enfrente, las causas de la derrota del día 2 de Septiembre;  
ningún plan concebido, completo desconocimiento del ter-  
reno, y sobre todo, la traición incomprensible de Santa  
Ana Pérez que, con más de sesenta hombres de la fuerza  
del Estado, se pasó cínicamente al enemigo.

—Pero oiga vd., mi mayor exclamó Castorena,—¿qué,  
son tan terribles esos hombres? En todas partes desde  
Chihuahua, no nos hablan de otra cosa, al grado de decir  
algunos, que no les entran las balas.

—Son terribles, compañero, conocen su carabina Win-  
chester á las mil maravillas, han sostenido desde niños un

eterno combate contra los *apaches*, pueden correr vanda-  
dos por la sierra sin dar un mal paso; pero son excesiva-  
mente ignorantes y altaneros; no se ha cuidado de ilustrar-  
los y quieren independizarse de los dos poderes á que  
hasta hoy han obedecido: el clero y el gobierno. descono-  
cen toda autoridad; ya se ha querido tratar con ellos y pi-  
den imposibles. Hay que acabar de una vez con ellos.

En aquel momento, Cuca, una muger gorda y risueña,  
de ojos negros y brillantes, llevó á Miguel y á Gerardo  
dos platos de humeante y sabroso caldo, el que al momen-  
to empezaron á tomar con estrepitosos sorbos. Cuando  
terminaron con él, esperaron con paciencia los demas pla-  
tillos escuchando las palabras del Mayor, que seguía di-  
sertando sobre los enemigos á quienes iban á combatir.

A Miguel le gustó mucho la manera razonable como se  
expresaba aquel Mayor; sin embargo, no se daba cuenta  
aún de la cuestión, no podía penetrar la causa de aquel  
alzamiento obstinado de un pueblo ignorante, y su espíri-  
tu malicioso y desconfiado, entreveía algo obscuro en todo  
aquello.

Castorena, con el rostro enrojecido escurriéndole la cer-  
veza por el chaquetin empolvado, tomó un vaso lleno de  
cerveza y gritó, poniéndose en pié:

—Si señor, hay que acabar  
Con el fanatismo necio  
Vamos á bailar de recio  
¡A Tomochic á triunfar!

Aquel brindis chabacano entusiasmó á todos, menos á  
Mercado á quien los chistes del guasón de Castorena, no  
le caían bien.

Después se brindó por los que iban, como valientes á



defender al gobierno, mientras el novicio subteniente devoraba en silencio un trozo de carne asada.

El, aun no se acostumbraba á aquellas reuniones alegres tan frecuentes entre soldados, arrojados allí repentinamente por el destino y en vísperas de una catástrofe.

Tenía sólo dos meses de ingresado en el 9º Batallón, al que pasó del Colegio Militar en donde cursaba su tercer año de estudios á causa de un drama de familia que lo había conmovido hondamente. Su madre, casada en segundas nupcias, se había separado bruscamente del esposo que la maltrataba; enferma y sin recursos, iba á entrar al hospital. Miguel lo impidió saliendo voluntariamente al Ejército, ayudándola con su reducido sueldo. Quería continuar sus estudios en el cuartel en las horas francas; pero fué imposible.

Sufrió el contagio mal sano de la pereza que engendra la vida rutinaria y monótona de una guarnición y no pudo abrir un libro en mucho tiempo. Sintió decaer su espíritu elevado y de altas concepciones ante la rudeza de la disciplina; sin embargo, era preciso resignarse.

Todo lo que tenía de apto en las especulaciones intelectuales, tenía de inútil en las cuestiones triviales de la vida práctica. El, que resolvía con la mayor facilidad problemas de segundo grado ó debatía sobre derecho de la guerra, no podía mandar sin embarazo un pelotón de soldados, por lo que en realidad era un mal oficial. Además, su constitución física era muy delicada; extremadamente flaco, pálido y nervioso, á pesar de sus veinte años, con su cara larga de viejo y sus verdes ojos tristes, inspiraba lástima.

Era una planta exótica, con su eterna tristeza, entre la

alegre oficialidad del batallón, compuesta de muchachos bulliciosos y *paseadores*; pero en general cumplidos en el servicio.

En vano intentaba ser jovial y expansivo con ellos; que en el fondo lo apreciaban. No podía congeniar con seres que lo satirizaban cruelmente y cuyas conversaciones banales despreciaba, aun reconociendo su inferioridad como soldado, respecto de ellos.

Así es que, mientras la francachela subía de punto entre las detonaciones de los cascos de cerveza al destaparse, él contemplaba en silencio su plato ya vacío. Le pasaron un vaso lleno del líquido color de oro y tuvo que brindar poniéndose en pié diciendo tímidamente con el vaso en la mano:

—¡Brindo, señores, por el triunfo de las armas del gobierno; la derrota de los revoltosos y por el orden que es la paz y el progreso!

Todos chocaron los vasos salpicando el blanco mantel.

En aquel momento, entró á la fonda una jovencita alta, delgada y ligera, de enaguas de lana guinda y *típalo* á cuadros rojos y negros, cayendole de sus hombros á guisa de *plaid*, cabellos negros formando una gruesa trenza.

No pudo Miguel ver su rostro, porque con paso rápido cruzó la estancia y penetró á la cocina.

Una criada retiró el plato vacío del Oficial, poniendo en su lugar otro con los frijoles, diciendole al oído:

—Esa muchacha es de Tomochic y dicen que es hija de San José.

Cuando Mercado iba á preguntar mas, un Oficial del Estado Mayor que charlaba cerca de la puerta con la fondera Cuca—Están tocando *llamada de honor*, en el cuar-



tel general,—exclamó—vamonos!

Hubo un gran movimiento de sillas y todos se levantaron limpiandose la boca con el mantel después de echar el último trago de cerveza, pagando cada uno, tres reales á Cuca.

Miguel que fué el último, se acercó á la puerta de la cocina, mientras esperaba lo vuelto de un billete de cincuenta centavos.(1) Pudo oír una voz de un timbre dulce y de inflexiones cariñosas y llegaron á sus oídos estas palabras, entre el ruido de los platos y cubiertos sucios:

—Si, Don Bernardo dice que pasado mañana nos iremos á Tomochic, ¡María Santísima nos valga!

(1) En el Estado de Chihuahua hay billetes de Banco hasta por la cantidad de 25 centavos.



El 3 de Octubre de 1892, en la tarde, Mercado, silencioso terminaba, después de comer, una carta á su madre, en una fonda del barrio de Peralvillo.

Aquella á quien tanto adoraba y por la que abandonaba sus estudios en el Colegio Militar, pasaba una temporada en Tacubaya en casa de una amiga suya. Su segundo marido, perpetuamente borracho estaba entonces entregado al juego, arrastrando una vida de aventurero soez y cínico.

El subteniente estaba triste y como siempre pálido.

Dobló la carta, puso la dirección y después de pegarle un timbre, permaneció, cruzados los brazos sobre la mesa, absorto en vaga meditación cuando llegó un cabo de parte del Ayudante del Batallón, comunicandole que le ordenaba se presentara al momento en el cuartel, que estaba casi enfrente de la fonda.

Cuando llegó, supo, estupefacto, que medio Batallón partiría por el Tren Central, esa noche, para Chihuahua. No indagó mas, y algunas horas después en un wagon atestado de soldados y maletas, caminaba á todo vapor devorando kilómetros, escuchando atónito el trueno del rodaje sobre los rieles, cuando abrían la portezuela.

Nunca había viajado y estaba contento de ser lanzado tan de improviso á nuevas sensaciones.



Llegado á Chihuahua despues de un camino de dos dias con sus noches, la última de estas, á las ocho se encontró formado en unión de sus dos compañías y por espacio de una hora frente á la Estacion.

Despues atravesando la ciudad llegó al Cuartel que ocupaba el 11º Batallón, situado á media legua de aquella.

Durmió tranquilo y al día siguiente, en conversaciones con Oficiales del otro cuerpo, pudo reflexionar acerca de lo que pasaba.

Se había sublevado contra el gobierno un pueblo lejano, en el corazón de la Sierra Madre; se habían mandado por dos veces fuerzas y habían sido derrotadas, muertos muchos oficiales y prisionero el Teniente Coronel Ramirez del 11º Batallón. Aquello era muy serio.

Además, la causa de los insurrectos parecía ser simpática, aunque nadie definía su bandera política. Su valor y destreza en el manejo de las armas de fuego, era proverbial en todo el Estado.

El pueblo chihuahuense, inculto pero valiente y altanero, mostraba á los oficiales una antipatía sorda que se declaraba en elogios estupendos de los de Tomochic. No hablaban de otra cosa... eran unos semidioses, invencibles, denodados, heróicos; unos tigres de la Sierra que derrotarían todas las fuerzas que se les enviara.

Sabía, en efecto, que eran verdaderamente temerarios, hasta lo inconcebible; su tactica consistía en dirigirse exclusivamente á los oficiales y jefes. Sabian muy bien que muertos éstos, las tropas se desbandaban indefectiblemente y ya se había visto en el combate del día 2 de Septiembre la verdad de ese principio; aquel triunfo los había hecho más orgullosos.

Cruz Chavez, el cabecilla, les predicaba una extraña religion, especie de catolicismo cismático que desconocía al clero, mezclado con extravagantes ideas de santidad, propias de un estado inculto.

Eso fué lo que hasta entonces pudo saber Miguel, aunque su espíritu investigador intentaba profundizar la verdadera causa de aquel alzamiento nunca visto.

¿Había algunos ambiciosos que explotasen el indomable valor de los serranos, protegiendolos, para lanzarlos luego contra las bayonetas federales?

En Guerrero, cabecera del Distrito del mismo nombre, debería efectuarse la concentración de las fuerzas, ya respetables, que tras la derrota enviaba el gobierno federal contra el pueblo de Tomochic, á sesenta leguas de Chihuahua.

Doscientos cincuenta hombres del 9º se enviarían allí con los piquetes de seguridad pública del Estado, 5º Regimiento y una compañía escasa del 11º Batallón que sobrevivía al desastre del 2 de Septiembre. Además y por vía de ensayo se había hecho venir de México una pieza de montaña, sistema Hoskiss de pequeño calibre, municionada con cien granadas y cien botes de metralla, y dotada de seis artilleros al mando de un teniente. Tomaría el mando de esta pequeña brigada, el General Rosendo Márquez, y como segundo en jefe el General Coronel José María Rangel, gefe de la 2ª Zona Militar, cuyo cuartel General está en Chihuahua.

Ordenóse al Coronel Gomez, gefe del 5º Regimiento, suministrase caballos ensillados á los oficiales del 9º, los que casi todos, recién salidos del Colegio Militar, no podrían por primera vez hacer las seis jornadas que hay



de Chihuahua á Guerrero.

El día 10 se emprendió la marcha, llegando las dos compañías á aquella ciudad el día 15, atravesando terrenos desiertos é incultos y lomas ásperas y pedregosas.

Tuvo que resentirse mucho la tropa, pues el 9º Batallón hacía más de ocho años se hallaba inmovilizado en la Capital de la República, luciéndose en las formaciones de parada por su corrección en las marchas y alineamientos y los uniformes aseados y lucientes.

Y había que ver aquellos oficiales, que en los pasillos de palacio y en las banquetas de Plateros, siempre abrochada la levita, acicalados y severos lucían los dorados del uniforme, suspendida del cinturón, la flamante espada; había que verlos por el árido y duro camino, empolvados y sucios, ennegrecidos por el sol á caballo, al lado de los soldados que á *paso de camino*, con gruesos *huaraches*, remangado el pantalón, debajo del que flotaban los extremos de los calzoncillos; mochila á la espalda, al aire el paño de sol y el fusil suspendido del hombro, marchaban entre el polvo del camino, que se extendía hacia el Ocaso, interminable y accidentado.

Ni un solo árbol en aquellas vastas soledades; solo las moles inmoviles y escuetas de los cerros, perfilaban el horizonte vasto, recortando con sus curvas el azul intensísimo del cielo.

Después de rendir la jornada, en rancherías pobres y escasas de recursos y víveres, se nombraba una guardia y se procedía á hacer el rancho para la tropa, la que se tendía en el suelo, feliz, con la fruición voluptuosa de estirar los miembros fatigados y sudorosos. Los oficiales se dispersaban en busca de alimentos que se los vendían de

mala gana con frias reservas y á precios bastante elevados.

A veces volvían con las manos y el estómago vacíos, mal humorados y frenéticos contra aquella gente, inhospitalaria en verdad, pero que había adquirido en otras ocasiones alguna experiencia con los abusos que siempre é inevitablemente comete la soldadesca hambrienta y cansada.

Miguel observaba que mientras mas se acercaban á la sierra, más se reconcentraba aquella odiosidad y aquel acaloramiento con que exaltaban á los "Tomoches" como les decían.

Las mujeres, que heroicamente seguían á "sus viejos" adelantándose para proveerse de lo posible, relataban á los soldados cosas maravillosas.

Aquellas mugeres sucias, empolvadas, con las enaguas hechas girones, calzadas también con *huaraches*, llevando áuestas grandes canastas repletas de ollas y cazuelas, adelantándose muchos á la columna, parecían mas bien indias de alguna tribu de la Oceanía emigrando en bandadas.

Y sin embargo; en ellas, por miserables y degradadas que fuesen, se advertía, el heroismo y sufrimiento que caracteriza á nuestros soldados de los que comparten la suerte, sin resistencia ni protestas.

Eran también estas soldaderas una horda devastadora y al pasar cerca de las milpas arrancaban mazorecas y elotes, dejándolas como si hubiese pasado una nube de langostas.

En el camino, daban gran quehacer á los oficiales que impedían que diesen agua á los soldados; pero no hacían



aprecio y obstinadas y tercas, vurlaban su vigilancia llevándoles las ánforas, llenas, las que los pobres hombres bebían sudorosos y jadeantes con gran envidia de los que no la conseguían.

Ellos en sus conversaciones, ignorantes, al grado de que algunos decían “que si á la misma maquina le daban agua para que siguiera andando, á ellos ¿por que se les prohibía?”

Las *viejas* estaban azoradas con lo que de los ranchos les decían y relataban las cosas estupendas á sus *juanes*.

—*Afigurese* vd. D. Chema, decía una tarde, una vieja alta y flaca á un mocetón de cara ancha y bronceada que engullía como un idiota enormes gordas que ella le había traído por todo alimento.—*Afigurese* quesque Teresita *mesma* bendice las carabinas y cada tiro que *avientan* es un muerto y que los *gringos* han *regalao* muchísima artillería . . . muchísima.

Don Chema dejó de mascar y reflexionó un rato sobre la gravedad de aquello; pero después continuó comiendo melancólicamente como un fatalista.—Claro . . . ? *paqué* hemos de ir? . . . nos mataran de una vez . . . no que, anda y anda . . . y luego à morir como chivos.

Pero otros se las echaban de incrédulos protestaban y mentían: habían derrotado al 11º—pero al 9º era muy diferente . . . no se dejarían agarrar en el río bañándose, ya verían si *defeicionaban* los del 9º

Al bajar una cuesta que serpenteaba penosamente por la falda de la montaña un marcado ángulo agudo, cuyo vértice era el fondo de un barranco, supo Miguel que allí hacía dos meses que estando parte del 11º en Guerrero y creyéndose necesarias más municiones se pidieron á la

matriz del Batallón quien las remitió con una reducidísima escolta. Los “Tomochies” lo supieron y en aquel mismo punto cuatro ó cinco de ellos pusieron en fuga á la escolta apoderándose de las municiones.

Más tarde en el cuartel del 11º se recibían, dirigidas al coronel, las cajas con los cartuchos . . . vacíos.

Muchas veces en el camino, Miguel recordó ésta anécdota, cuando se retrasaba la pieceta que venía á retaguardia de la columna. Dada la audacia de los montañeses, era en efecto, de temer un golpe semejante.

En Guerrero acamparon las dos compañías en la Alameda, prontas para internarse, á la primera orden en la Sierra Madre cuya obscura silueta desde allí descubre sus ondulaciones gigantescas.